

Ramón Pérez de Ayala, premio «Juan Palomo» 1960 por su libro «El país del futuro»

«Desde que volví de Buenos Aires, hace cinco años, habré salido de casa unas cinco veces»

Por MARINO GOMEZ SANTOS

Las jóvenes generaciones tienen muy poca información sobre el perfil físico de este ya famoso escritor en vida, quizá por haber vivido fuera de España muchos años.

Vive don Ramón Pérez de Ayala en la calle de Gabriel Lobo, en una casa de moderna construcción. A la entrada hay un sillón frailandino para dejar los abrigos. En un rincón, el busto magistral que le hizo el escultor Juan Cristóbal. Al fondo, el retrato que le pintó Zuloaga, en el que aparece Ayala sentado en un sillón, con un

puro entre los dedos.

Don Ramón está sentado en un salón donde tiene algunos libros en pequeñas librerías.

—Aquí trabajo, y sobre todo, leo.

Está sentado en una butaca, más bien hundido. Tiene sobre las rodillas una mesita de viaje, como las que se utilizan en los ferrocarriles ingleses. Sobre ella, lápices, lupas, cortaplumas, cajas de cerillas, papeles, colocado todo simétricamente, dejando en medio un pequeño espacio para poder escribir.

Don Ramón fuma un puro. El aroma de cigarro puro llega al portal de la casa.

—¿Qué le parece a usted el Premio «Juan Palomo»?

—Pues me parece muy bien y estoy muy contento y muy agradecido a Manuel Halcón, director de «Semana», que es quien ha fundado este premio literario.

El autor no ha leído el libro premiado

Don Ramón no ha leído su libro «El país del futuro», colección de artículos de sus viajes por los Estados Unidos, reunidos por el erudito José García Mercadal.

Desde hace algunos años

Ayala escribe muy pocos artículos.

—¿Por qué no escribe usted, don Ramón?

—No sé; no me interesa nada. Prefiero leer. Me aburre mucho escribir.

Por la tarde van a visitarle Juan Belmonte, cuando está en Madrid, y Sebastián Miranda con mucha frecuencia. Alguna vez, su amigo el doctor Marañón.

Ayala ha sido, y lo sigue siendo todavía, un «belmontista» acérrimo. En su libro «Política y toros» están reunidos algunos de los artículos de elogio y de entusiasmo para el ar-

te de torear de Juan Belmonte.

«Clarín» y Galdós, sus maestros

Le pregunto por sus maestros. Ayala casi nunca habla de literatura en serio. Está de vuelta de todos sus caminos. De vez en cuando, si se le pregunta algo, sonríe y se encoge de hombros.

—¿Quiénes han sido sus maestros, don Ramón?

—Pues como usted sabe, «Clarín», que era catedrático cuando yo estudié en la Universidad de Oviedo y Galdós, a quien traté y conocí en Madrid. Con el primero, jugué mucho al billar en el Casino de Oviedo, donde algunas tardes escribía los «Paliques» que publicaba en «Madrid Cómic». Don Benito, que tenía verdadera adoración por mí, me regaló, poco antes de su muerte, una maleta con todas las cartas que había recibido de los escritores de su tiempo y que guardo.

Sobre su cabeza hay colgado un retrato de Galdós. Está sentado en una silla, con las piernas cruzadas y un gato sobre las rodillas. Tiene escrita una afectuosa dedicatoria.

—¿Y ese otro retrato, don Ramón?

—Me lo regaló, dedicado también, Einstein, a quien traté mucho en Londres.

Ramón Pérez de Ayala ha recorrido todo el mundo hablando y escribiendo de España y de las cosas. Su lenguaje tiene la belleza de la prosa que alaban las Historias de la Literatura que estudian nuestros bachilleres de hoy.

Su prosa ha ido cambiando de temas y de ideas, la edad y el tiempo, la experiencia y el trato hacen cambiar a los hombres frente a los hombres. Pero siempre hay una línea recta que une los años en el fondo de uno mismo. Ramón Pérez de Ayala es la elegancia en el hablar, en el escribir y en el dar la mano en el saludo.

Gloria de la literatura española que no se siente viejo ni lo es por la frescura de su prosa que tantos autores de hoy quieren imitar. Un hombre que gana premios y que ha aprendido su idioma en Clarín y Galdós; algo diferente entre los «famosos» de nuestra literatura actual.

Amigo de los duques de Windsor

Don Ramón fue amigo personal de los duques de Windsor en los años que vivió en Londres.

Desde su aparición como escritor en la vida madrileña, ha tenido fama de elegante y lo ha sido realmente y aún lo es.

—Algunas tardes, cuando me canso de leer, pinto un cuadro al óleo. Mi afición me viene desde la juventud.

Los jóvenes escritores que escriben literatura sin cultura, sin ideas, sin estilo noble, llevados por el modernismo fugaz, por las corrientes literarias del «miserabilismo», como han dado en llamar en Francia, un día tendrán que leer y releer a este gran escritor, glorioso en vida, que ha escrito en castellano páginas magistrales e inolvidables.

"El Diario Vaseo"
San Sebastián
18 Feb. 1960